

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO V

—Buenos días.

—Buenos días.

Los gestos adustos de los presentes se contradecían con los buenos deseos.

—Señor Cardozo, permítame presentarle al Dr. Samuel Cohen, el Dr. Guillermo Oliva, el Dr., Emilio Vázquez... Siéntese, por favor... —ordenó Victoria, para luego continuar—. Bueno, como usted sabe, estamos reunidos aquí para tratar su desvinculación de la fábrica... Ya hemos dado de baja la tarjeta de crédito corporativa que estaba a su nombre, y pronto haremos lo mismo con la línea del teléfono móvil. ¿Ese es su aparato? —preguntó la muchacha, señalando el pequeño celular que pendía del cinturón de su ex empleado.

—Sí.

—¿Sólo usted usa el teléfono, o lo comparte con alguien?

—Sólo yo.

—¿Suele perderlo, o dejarlo por ahí?

—Nunca —respondió el otro, extrañado—. Lo llevo siempre colgando, pero... ¿eso que tiene que ver?

—Hágame un favor, Sr. Cardozo... Marque el número tres de su discado rápido.

—¿Qué pretendes? —preguntó aquel hombre sombrío, fingiendo estar ofendido.

—Por favor... Dr. Oliva, ¿puede hacerlo usted?

El aludido obedeció las órdenes recibidas, y por el pequeño aparatito comenzó a escucharse la voz de un extraño.

—*Sí, ¿qué pasa ahora, Cardozo?*

Los presentes se miraron.

—Disculpe, creo he equivocado el número... ¿Usted es el señor Roberto Loria? —preguntó Oliva.

—*Sí... ¿Y usted quién es?...*

Oliva se apuró a cortar la comunicación.

—Asiente en actas, Dr. Oliva, que el Sr. Cardozo ha reconocido como suyo el teléfono, y que ningún otro lo ha usado. Adjunte también el detalle de las llamadas hechas a través de esta línea durante el último año al Sr. Loria, según datos de la empresa proveedora del servicio... —dijo Cohen, mientras le alargaba unos papeles al escribano.

—¿Qué es todo esto?... ¿Qué pretendes probar, Victoria? —comenzó a defenderse Cardozo—. Loria había hecho una oferta por la empresa... Es lógico pensar que...

—Las llamadas comenzaron mucho antes de que se hubiera formalizado la oferta. Es más, hay llamadas desde la época en que mi padre estaba vivo... Así que, lamento informarle Cardozo, que vamos a iniciar un juicio en su contra por espionaje industrial...

—¿Y piensas que va a prosperar?... ¡Conoces la justicia en este país, y Loria es un tipo muy peligroso!

—Él sí. Pero usted no... Loria no va a invertir un centavo en su defensa. Él no cometió ningún delito al hablar con usted. Usted, en cambio, traicionó la confianza de tu empleador... —se apuró a decir Cohen.

—Y mientras la justicia se expide, no pienso pagarle ni un centavo, por ningún motivo. Ya hemos iniciado las acciones penales correspondientes, y, como usted bien sabe, primero debe expedirse la parte penal, antes de que pueda decidirse la causa civil o laboral que usted pueda interponer... —confirmó Victoria.

Cardozo intentó tomarla del brazo, como lo había hecho en su último encuentro, pero Cohen se lo impidió.

—No te metas con ella, si no quieres vértelas conmigo, amiguito —le advirtió.

Y al escuchar aquellas palabras Victoria no pudo evitar otra vez esa extraña sensación.

El abismo se abría a sus pies, y ella estaba cada vez más lista para saltar.

* * *

Victoria y Esmeralda bajaron para desayunar. Por primera vez desde que viajaban juntas, tenían tiempo suficiente como para hacerlo con tranquilidad. Pero en el comedor las esperaba una sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntaron al unísono.

Con una humeante taza de café en la mano, Vanina las miraba, sonriente.

—¿Todavía no te has acostado? —desconfió su hermana mayor.

—¡En absoluto, querida jefa! Estoy lista para ir a trabajar. Dentro de una hora vamos a ir con Tito y Joaquín a la química, para hacer la prueba de teñido de la lona.

—¿Quienes son Tito y Joaquín —inquirió Esmeralda, con suspicacia.

—Tito es... ¡fabuloso!. Dentro de poco todo el país estará vistiendo nuestros diseños... Estamos pensando, incluso, en lanzar un par de zapatillas para novia...

Zapatillas de noche, zapatillas de baile... ¡Todas las que puedas imaginar!.

—¿Y Joaquín? —volvió a preguntar Esmeralda, segura de que su hermana le ocultaba algo.

—¿Joaquín Piñeyro? Es nuestro ingeniero de planta. Él se encarga de ajustar la producción, al diseño... —informó Vanina con tono reconcentrado.

—Y lo que tu hermanita no te cuenta —acotó Victoria con picardía—, es que el tal Joaquín está bue— ní— simo...

—Yo ni siquiera me he dado cuenta —respondió la muchacha con desdén.

—¡Vamos!... —la apuró Victoria.

—Confieso que es lindo, pero... ¡no tiene ni un centavo!.

—No es tu tipo, entonces —se burló su hermana menor.

—¿Qué están haciendo a esta hora, las tres reunidas? —se sorprendió Nicolás, que acababa de llegar a la casa.

—Parece que esta noche te has tomado la falta de compromiso con Agustina, muy en serio... —le reprochó Victoria al verlo.

Las otra dos hermanas se sorprendieron.

—¿Quién es Agustina? —exclamaron al unísono

—¿Cómo? ¿No sabían?... Nicolás tiene una no— novia, y se llama Agustina —respondió Victoria.

—¿Qué es una no— novia? —preguntó Vanina, con inocencia.

—Alguien con quien te acuestas, pero que no tiene derecho a reclamarte nada, torpe —la ilustró su hermana menor—. No sé como no lo sabes, porque a estas alturas creo que has sido no— novia de todo Buenos Aires...

Nicolás, por su parte, miró a Victoria con odio.

—No te metas en mi vida —le advirtió—. Justo tú, no te metas en mi vida...

—¿Qué quieres decir con eso de “justo tú”? ¿Qué problema hay conmigo?...

—Te vi con el idiota de Rolón. Te estaba besando...

—¿Cuándo fue eso? —se ofendió Esmeralda, que se creía con derecho a conocer toda la intimidad de su nueva hermana.

—Hace como quince días —le informó Victoria—. La última noche que estuvo en casa, antes de irse, y... —dijo esto último mirando a Nicolás—, sin que yo pudiera evitarlo, el muy estúpido me besó.

—No vale nada, ¿no es cierto? —preguntó Vanina, como si se tratara de catar un vino.

—Y tú, pobrecita, te dejaste besar...—le replicó Nicolás, con sarcasmo—. Al parecer tienes un problema para fijar límites...

—¿Qué te da derecho a hablarme así? —lo enfrentó Victoria.

—Está celoso...—se burló Esmeralda.

Y bastó que dijera eso para que aquel hombre fuerte bajara la cabeza, casi avergonzado.

—¿Estás celoso de Rolón, Nico? —insistió Vanina—. ¡No way!... A nadie le interesa ese estúpido. Yo que tú, en cambio, me cuidaría del ex jefe de Victoria. Pasan miles de horas juntos, encerrados en la oficina. El tipo tiene un pésimo gusto para vestirse, pero estoy segura de que desnudo... ¡debe verse increíble!.

Victoria se puso más colorada aún de lo que se hubiera puesto si el mismísimo Cohen se hubiera presentado sin ropas en ese comedor. Nicolás, por su parte, se limitó a mirarla, sin esconder un velado reproche.

—No nos encerramos —sólo atinó a murmurar la joven, como defensa—. Estamos trabajando...

—Entonces eres más afortunada que yo —se apuró a decir Nicolás, a modo de escapatoria—. Hace como media hora que tendría que estar en Tribunales, y gracias a sus incoherencias, voy a llegar tarde...

—¡Yo también! —gritó Esmeralda, al ver el reloj.

—¿Vamos? —le preguntó Vanina a su hermana mayor.

Pero Victoria se tomó su tiempo para reaccionar.

¿Qué había significado todo eso?

* * *

Victoria se apuró a ingresar a su despacho. Pronto iba a llegar Cohen, y prefería...

¿Quién estaba sentado en su sillón?!

—Buenos días, Victoria...

La muchacha sintió un escalofrío. Estaba segura de no conocer a aquel hombre joven, que la saludaba con familiaridad. Y si bien no era corpulento, ni su rostro del todo desagradable, el tipo le daba miedo. Había algo en la impertinencia de su mirada, o en el tono urgente de su voz, que la obligaba a ponerse a la defensiva.

—¿Lo conozco?

—Deberías... Siempre es bueno conocer a los amigos...

Victoria tuvo un mal presentimiento.

—Roberto Loria...— dijo la muchacha.

—El mismo... Me alegra saber que, aunque sea, conoces mi nombre. Yo sé muchas cosas de ti. Sé que te has recibido de contadora, con muy buenas notas; que vas todos los domingos a la Iglesia, ¡muy bien!...; y que tuviste un único novio, al que acabas de “despedir”...

—Yo, en cambio, sé de usted que es un canalla, que intentó burlarse de mis hermanas tramando una compra sangüinaria, a precio vil...

Victoria le sonrió, satisfecha: —Creo que mi información es mejor que la suya...

—Depende para qué... Tú estás interesada en sacar este negocio adelante. Yo, en cambio, estoy interesado en ti.

—¿Interesado en mí?

Loria se puso de pie, y comenzó a acercarse a Victoria.

—Podríamos hacer muchas cosas juntos... Suelo ser muy generoso con las mujeres hermosas —le dijo, mientras intentaba acariciarla.

—¡No se atreva! —contestó ella, empujando con violencia su mano.

—Yo...

La voz del intercomunicador los interrumpió: —“Señorita Ferrari, el doctor Cohen está aquí”.

—Hágalo pasar de inmediato —respondió Victoria, sin dejar de mirar a su oponente.

Loria pareció sorprenderse al oír aquel nombre. — ¿Cohen?... ¿Samuel Cohen?

—O “judío de mierda”, como solías llamarme en la facultad.

Cohen acababa de entrar, y Loria se apuró a tomar distancia.

—Mira tú, como la vida ha vuelto a reunirnos... Y esta vez el premio parece más interesante... —dijo enigmáticamente el intruso, hablándole a Cohen, pero mirando a Victoria.

—Nunca hubo un premio...

—Como tú digas... Es sorprendente, Cohen, ...creía que a estas alturas ya te habrían deportado a algún país comunista.

—Yo, en cambio, estaba absolutamente seguro de que ibas a hacer carrera. Era imposible de que no te abrieras paso en un país de ladrones y estafadores.

—Ah... Las palabras del fracasado... —respondió el otro con sorna, y luego se dirigió a la muchacha: —Querida Victoria... Una niña cristiana como tú no debería juntarse con esta lacra.

—Tiene toda la razón del mundo —respondió la joven—. No tengo por que tolerarlo. Váyase y no vuelva nunca más... ¡Ah!... Y tengo la lista completa de sus espías... ¡Es increíble como puede hablar Cardozo por algo de dinero!...

—Está bien... Me voy... —aceptó Loria—. No quiero importunarlos... Sé que, de ahora en más, van a tener unos días muy ocupados... —dijo, recogiendo sus cosas, para luego añadir mirando a Victoria—: Mercedes tiene mi número... Cuando te canses de jugar, llámame... En cuanto a ti... —se dirigió a Cohen—, a Cristina le encantará saber que nos hemos visto. No es que siempre esté con ella, pero... cuando me aburro, nunca dejo de llamarla para que me divierta...

Los ojos de Cohen relampaguearon, y todo su gesto se nubló.

Y no fue hasta que aquella rata salió de la oficina, que Victoria se animó a hablarle:

—¿Quién es Cristina?...

Su ex jefe actuó como si no la escuchara: —¿Tienes whisky aquí? —le preguntó, mientras miraba hacia los armarios.

—No. No suelo emborracharme para huir de mis problemas.

Cohen la miró a los ojos, y ella sintió que aquel abismo oscuro se abría de nuevo a sus pies.

—Vamos a tener que decidir una estrategia —dijo Cohen, tratando de desviar la charla—. Loria va a comenzar a mover sus influencias políticas, y, de alguna forma tenemos que adelantarnos... —y luego dijo en voz baja—:

¡Si pudiéramos poner a la opinión pública de nuestro lado!...

—Yo sé como... —dijo Victoria. Y comenzó a sonreír.

* * *

La dama se puso a pasear por el bello jardín de la mansión, mientras aguardaba a que el fotógrafo acabara. Victoria era bastante buena posando, y, definitivamente, el derecho era su mejor perfil. La sonrisa de la muchacha era inocente, y su ropa hacía pensar que era más joven aún que sus veintiséis años... ¡Un éxito seguro!

—Ya está listo, Mirelle.

—¡Gracias!

—¡Gracias! —repitió Victoria. Y luego miró a su interlocutora—: Ese hombre es maravilloso. Siempre le tuve miedo a las fotos, pero él infunde mucha seguridad... ¡Y además es muy divertido!

—En una revista como esta, la gráfica es fundamental. Tú tienes que enternecer al lector con la imagen, y luego con la palabra. La gente mira las fotos, y si no le gusta, no lee. Por eso yo elijo al mejor... Más en una nota como esta, que será de portada...

—Le agradezco tanto... Pero recuerde que también me prometió una nota en la revista de noticias políticas de más circulación.

—¡Por supuesto!... Mi amigo Leo ya tiene el título: “Extorsión mafiosa a la empresaria más joven del país”... También allí serás portada.

—No quiero tener que pagar abogados por...

—¡Ningún abogado!... Leo sabe exactamente lo que hace... En cuanto a nosotras... Quiero que me lo cuentes todo. Tu trabajo limpiando, tus días de pobre, los hombres de tu vida, si has sido abusada, ¡todo!.

—No hay problema, excepto... No quiero hablar de mi otra madre, ni de cómo llegué a sus manos... —dijo la muchacha poniéndose seria.

—¡Es la parte más jugosa de la historia! —se quejó Mirelle D’Arc, que llevaba treinta años exprimiendo noticias.

—Es mi única condición... ¡Pero puedo hacer otros relatos muy interesantes!

Mirelle suspiró. —De acuerdo —dijo al fin.

Victoria volvió a sonreír.

—Bueno, estoy lista. Comencemos...

* * *

Dora, la señora del Dr. Puente, se apuró a arreglarse para abrir la puerta. Ya hacía más de dos meses que se había visto forzada a despedir a la señora que solía ayudarla, porque ahora que su marido se había jubilado, no se podía tirar manteca al techo. ¡Pero tampoco era algo que tuviera que saber todo el barrio!... Así que la buena señora seguía quejándose con sus amigas de lo malo que estaba el servicio doméstico, y se obligaba a dejar a un lado el plumero y a emperifollarse, cada vez que sonaba el timbre.

—¿Quién es? —preguntó al fin—. ¡Mi Dios! —dijo al observar por la mirilla.

Al parecer, aquella gitana no la había estafado. ¡El “amarre” estaba surtiendo efecto!.

—¡Victoria! —exclamó, abriendo la puerta—. ¡Yo sabía que ibas a recapacitar!... —gritó con una alegría inusitada—. Ya mismo lo llamo a Guille... Todavía está durmiendo porque anoche se acostó tarde, pero...

—No vengo por él, Dora...

La mujer la miró con horror. Escoltando a su ex futura nuera, un hombre vestido en forma miserable, acababa de entrar.

—Este es el Dr. Samuel Cohen... Usted ha oído hablar de él. Era mi jefe, y el de Guillermo.

—Sí —dijo aquella dama, agriando el gesto.

—He venido para hablar con su marido. Me enteré que cerró el estudio y...

—¡Ah! —se limitó a responder aquella arpía, mientras salía del cuarto en dirección a los dormitorios.

Cohen cerró la puerta de calle que Dora, en su apuro, había dejado abierta, justo cuando de la cocina llegaba el buen doctor: —¿Qué haces aquí, muchacha?! —dijo con auténtica alegría. Y luego miró a su acompañante—: ¿Usted es Cohen, no?

—Sí. Nos conocimos hace unos meses.

—Lo recuerdo... ¿Qué andan buscando por aquí? —le preguntó a Victoria.

Pero fue Cohen el que le respondió. —Vamos a intentar lo imposible. Queremos hundir a Roberto Loria de una vez y para siempre, y necesitamos refuerzos...

—Tengo muchos amigos dispuestos a ayudar... Dejen que me comuniqué con ellos...

—Le agradeceré todo lo que pueda hacer —respondió la muchacha—. Aquí está el teléfono de mi oficina...

—Será un gusto ayudarlos, después de todo lo que han hecho por mi hijo... Lástima que a él le importara un bledo...

—No quiero seguir molestando. Salude de nuestra parte a la señora Dora, y a Guillermo...

—Los saludaré... Y mañana posiblemente tendrás noticias mías...

—Gracias— dijo Victoria, tomándolo de la mano, justo antes de salir.

El viejo doctor se quedó solo, pensativo. Por la puerta que conducía a los dormitorios entró Guille, abrochándose con apuro el pantalón.

—¿Y Victoria? —preguntó, mientras la buscaba con la mirada.

—No te gastes, hijo. Como siempre, has llegado demasiado tarde...

* * *

Aquel había sido un día extraño para Victoria. Todos, aún Mercedes o Nicolás, la habían observado con curiosidad, mientras ocultaban la revista que estaban leyendo.

En el semáforo un tipo se había quedado mirándola con los ojos bien abiertos, y otro le había sonreído al ver que estaba parada frente a un cartel que reproducía su foto. Su cara estaba ahora, amplificada, por toda la ciudad, y en cada puesto de diarios, decenas de “Victorias” la saludaban, apiladas en los estantes.

Era extraña esa sensación...

Incluso, al llegar a la oficina pudo sentir el aire que producían las revistas al cerrarse, a medida que ella se aproximaba.

—Has salido hermosa —se animó a decirle Tito, al verla.

Y bastó esa primera referencia, para que los comentarios de aprobación cayeran en catarata.

—¡Señorita Ferrari!... ¡Mire! —gritó, abriéndose paso entre la multitud, su secretaria—. Varios periodistas están pidiendo notas gráficas con usted. Y tres canales de televisión ofrecieron filmar su biografía...

—Acaba de llamar el ministro... El gobierno no quiere quedar colgado con el asunto de la extorsión. Se ha ofrecido a colaborar con... —intentó anunciar el Dr. Rolón, pero ya nadie lo escuchaba.

Los quince minutos de fama de Victoria acababan de comenzar.

* * *

—¡Guau!

Rodeada por docenas de zapatillas multicolores, donde cada tono se multiplicaba por todas sus gradaciones, Victoria se sintió poderosa.

—Es la misma “Ferrari” tradicional, pero ahora puedes combinarla con tu ropa favorita —le explicó Vanina.

—Y todos los componentes son de la mejor calidad. Superiores, incluso, a los de los competidores.

—Y además están los modelos especiales.

—¿Llevan matrices distintas? —se preocupó Victoria, encargada de las endeble finanzas de la empresa.

—¡No! Podemos hacer una zapatilla nueva cada vez, con pequeñas variaciones —explicó Joaquín, sin ocultar su orgullo.

—“Puedo hacer todos los autos que quieran, con tal de que sean negros” —citó Victoria.

—¿Enloqueciste?

—No. Eso era lo que decía el viejo Henry Ford, y casi lleva su empresa a la ruina. Fue su hijo el que se dio cuenta de que bastaba dividir la línea de producción en distintas piezas, para fabricar todos los modelos que quisieran, con poca diferencia en los costos. Henry creó la empresa, pero gracias a Henry junior todavía subsiste —explicó la muchacha.

—Y gracias a nosotros, Calzados Deportivos Ferrari volverán a ser la marca más importante del mercado —se entusiasmó Tito—. ¡Mira que preciosura!...

Y le mostró una zapatilla de colores nítidos y confección lujosa. Una belleza de perfección, por donde quiera que se la mirara.

—¿Qué tan costoso es hacer esto?

—No tanto... —se enorgulleció Joaquín.

—Pues la vamos a vender a un precio ridículamente alto —propuso Victoria.

—¡¿Qué?! —se extrañaron todos.

—Escuchen: si vamos a hacer zapatillas de colores para adolescentes, y modelos hermosos para adultos que quieren ir cómodos a trabajar, tenemos que despegar de la imagen de “calzado escolar y barato”. Vamos a hacer una línea de altísimo lujo, y modelos numerados, que arrastre con su fama las líneas más económicas... ¡Todo el mundo querrá subirse a una “Ferrari”! —explicó la muchacha—. Las regalaremos a actrices, actores, políticos, todo el que esté frente a una cámara...

—Sí. Y debemos darle un nombre muy especial...

—¡Vanina Ferrari! —se emocionó Vanina.

—¡No!... ¡Victoria Ferrari! —sentenció Tito con autoridad—. Es un nombre que recuerda la superación y el logro. Y a eso queremos asociar nuestra marca.

—Señores... —se apuró a decir Joaquín, mientras levantaba la hermosa zapatilla que les había costado tantas horas de sueño—, les presento a las “Victoria Ferrari, número uno”.

Y se la alargó a Victoria, que la tomó con emoción.

Después de tanto desvelo, de tanto miedo y sufrimiento, de haber soñado y haber desfallecido, después de todo, finalmente podía tener su futuro, el de su familia y el de más de doscientos empleados, en sus propias manos.

Ahora sólo necesitaba alguien con quien compartirlo.

* * *

—¡Victoria Ferrari!

Mirelle D’Arc pegó un grito al verla que echó por tierra los desvelos de la pobre muchacha por pasar desapercibida. Todos observaron con curiosidad a las dos famosas damas.

—Siéntate querida... —invitó Mirelle, mientras le extendía una silla en el coqueto barcito de la calle Arroyo—. ¿Sabes que este número de la revista ha sido el de mayor venta en el año?... ¡Te dije que a la gente le encantaba la historia de la Cenicienta!... A todos nos gusta soñar con que alguien nos rescata de la rutina diaria, y nos guía hasta una vida mejor... ¡Y la historia del novio que no

quiso casarse contigo, a pesar de que estabas dispuesta a renunciar a tu fortuna! ¡Eso fue soberbio!... ¿A quién no le ha pasado de tener un idiota al lado? ¡Y cuántas más nos sentimos confortadas al enterarnos de que, hasta a las más lindas, las rechazan!... Con tu relato le has hecho un gran bien a muchas mujeres. No sólo eres rica y perfecta, sino que también puedes sufrir...

—¡Y qué lo digas!...

Mirelle la observó con detenimiento.

—¿Mal de amores, pequeña? —preguntó.

—¿Cuáles amores, Mirelle?... Los hombres que me interesan siguen sin fijarse en mi.

—¿Te refieres al pelirrojo de los trajes grandes?

—¡No! —casi se ofendió Victoria.

Y es que ya se había hartado de sufrir por Cohen. Cada día esperaba con ansias el encontrarlo, y cada noche le costaba más separarse de él. ¡Esa no era vida! Ella necesitaba otra cosa...

—¡Mejor!... —insistió la periodista, brindándole algo de su larga experiencia—. Los hombres torturados son incapaces de hacer feliz a una mujer... Es cierto que son excepcionales en la cama, porque allí vuelcan toda su pasión y su odio, pero cuando eso pasa (y créeme que pasa muy rápido), sólo te queda un fulano amargado y aburrido...

Victoria se estremeció. Si Cohen se hubiera dejado querer, no le hubiera importado tener que consolarlo toda la vida.

—Y si no es el pelirrojo lleno de fuego y pasión, ¿quién es? —insistió la periodista.

—Un muchacho que sólo me conoció como Victoria Ferrari.

—¿Y cómo es él?...

—Increíblemente dulce...

—Ten cuidado con la diabetes —dijo la dama de mal modo—. Los dulces empalagan y terminan aburriendo. Los hombres sensibles son buen material si buscas un marido, pero pésimos, si lo que quieres es un buen amante...

—Con un marido me conformo —se apuró a decir Victoria.

Y la veterana Mirelle la miró con ojos desorbitados.

—¿Y por qué este muchacho en particular no te mira? ¿Es ciego, acaso?

—No sé... Me parece que le gusto... Charlamos todas las noches durante horas, y yo ya le he dado pie varias veces...

—¿Pie? —se espantó Mirelle—. ¿Le has dado “pie”?... ¡¿Y qué esperas para darle el resto del cuerpo?... ¿Acaso

ignoras que los muchachos de hoy en día son todos unos cagones? ¡No saben cómo aproximarse a una mujer!

—No... No creo que este sea el caso...

—Quizás piensa que eres inalcanzable para él... ¡A mi me ocurre todo el tiempo! Demasiado inteligente, demasiado hermosa, demasiado rica... Si no tomara yo la iniciativa, a estas alturas todavía sería virgen —recitó de una forma teatral la dama, para luego agregar, sonriente—: Es una forma de decir, por supuesto...

Victoria se quedó pensando... ¿Tomar la iniciativa?

—¡Mirelle!

Un hombre maduro se acercó a la mesa, saludando a la periodista, pero con la mirada fija en la muchacha.

—Ya te dije que no, Marcos —lo reconvino la dama—. Victoria no va a prestarse...

—No he venido por ella, desconfiada. Dentro de unos minutos tengo que encontrarme con Anabelle Lence...

Dijo este nombre esperando una reacción de Victoria, pero fue Mirelle la que se emocionó.

—¡Lo lograste, viejo zorro!

Victoria los miraba sin entender.

—Soy Marcos Sandoval —se presentó aquel hombre corpulento—. Mirelle puede contarte algo de mis logros... En este momento estoy relanzando al mercado local, y

latinoamericano, la revista masculina más famosa de todos los tiempos.

—Y está empeñado en que aparezcas desnuda en ella —resumió Mirelle.

Victoria sonrió, divertida.

—¡Ni lo sueñes, Marcos! —explicó la periodista a su amigo—. ¿Acaso no has leído mi nota? ¿Cómo quieres que una muchacha que va a Misa todos los domingos...

—¡No le estoy proponiendo hacer pornografía! —se defendió el fotógrafo—. ¡Esto es arte!...

—Arte o no, jamás voy a posar desnuda —concluyó Victoria.

—Una vez yo dije lo mismo...

La bella voz grave y melodiosa de la actriz que Victoria reconoció de inmediato, los sorprendió.

—Anabelle Lence, encantada —le dijo aquella belleza otoñal, antes de sentarse junto a ellos.

—¿Estás convencida de hacerlo? —preguntó Mirelle, como si llevara el micrófono en la mano.

—Es una pequeña venganza personal.

Mirelle y el fotógrafo sonrieron con complicidad. Victoria, en cambio, los miró sin entender.

—Tengo un archivo adonde dices que nunca vas a posar desnuda. Desde ya te aviso que pienso aprovecharlo —le advirtió Mirelle.

—Sí... Ahora tendré que enfrentar a la prensa por haber hablado demasiado rápido...

—A menos que... —comenzó a decir Victoria. Todos la miraron, sorprendidos—. Anabelle, ¡creo que tengo la solución a tu problema! —afirmó la muchacha.

Y comenzó a sonreír.

* * *

Los cuidados en la empresa se habían intensificado. El espionaje era una realidad muy tangible, y la venganza de Loria, por esperada, no era menos temida. Todo el sector de “desarrollo de producto” se había mudado a la planta alta de la mansión, mientras que en el antiguo despacho del Dr. Ferrari, Vázquez y Cohen solían brindarle a Victoria los informes de sus permanentes auditorías.

Mercedes, muy a su pesar, y con el incentivo de un pequeño incremento en su asignación mensual, se había ido acostumbrando a tanta intromisión en su rutina diaria. Convencerla para que no se paseara desnuda, no fue tan fácil.

Cuando alguno de la casa tenía algo de tiempo libre, era llamado de inmediato para participar de una u otra tarea. Incluso Nicolás y Esmeralda se acostumbraron a trabajar por placer, aplaudiendo los logros conjuntos.

La única que se empeñaba en protestar era Berta. La casa, así invadida, distaba mucho de aquella mansión esterilizada que había conocido Victoria. Ahora los planos y los diseños estaban desparramados por doquier, y las carpetas apoyadas en cualquier sitio.

¡Una casa con mucha vida en ella!

—¡Prendan el televisor!... ¡Prendan el televisor!

La primera en dar el grito de alerta fue Vanina.

En un segundo, todos se agolparon frente a una pantalla de cristal líquido inmensa, surgida de alguna parte.

El locutor estaba hablando, entre divertido y burlón: — *Me ha llegado la nueva revista del conejito..., con Anabelle Lence en la portada... ¿Se las muestro? El camarógrafo dice que sí... ¿La muestro?...*

—*¡Muéstrala!* —lo animó Mirelle D'arc, sentada junto con los demás panelistas, unos pasos más allá.

—*A ver que dice: “Nunca voy a posar totalmente desnuda”... Estas son las palabras de Anabelle Lence, que no está totalmente desnuda, porque... ¡Sí señores!... Muestra las zapatillas, por favor... ¡Tiene puestas unas Victoria Ferrari en los pies!... ¡Sí señor!... ¡Qué hermosas*

zapatillas!... ¿Qué está mostrando el camarógrafo?... ¡Tienes que mostrar las zapatillas!... ¡Qué barbaridad!... ¡Que cerditos!...

El locutor por un segundo mostró la portada completa a la cámara, y Mirelle simuló horrorizarse.

—¡Qué escándalo! —se burló con saña—. Esta es la misma mujer que rechazó un papel en Hollywood porque la obligaban a quitarse la ropa... Aunque, debo reconocer, que tanto ella como las zapatillas se ven muy bien.

*—Y tú por que no has mirado la página diecisiete —*acotó el locutor, mientras buscaba con desesperación la hoja anunciada.

Luego comenzó a pasarla entre los presentes, quienes la miraban y hacían gestos.

—¿Para esto también sirven las zapatillas? —dijo uno—. ¡Y yo que las usaba sólo para correr!

—¡Quién fuera zapatilla! —agregó otro, con voz golosa.

—¡Basta!... ¡Esto es demasiado para mí!... —gritó el locutor, mientras les sacaba a todos la revista de las manos—. Ahora tengo que enviarle un mensaje a mi esposa: Yo llevo las Victoria Ferrari, tú pones el resto...

—Increí...

Alguien apagó el televisor.

—Y así ha sido toda la mañana —dijo Joaquín—. Cuando me levanté, escuché que hablaban de la revista y las zapatillas en el noticiero.

—Es cierto, ¿lo recuerdas?... ¡En el canal diez! —dijo Vanina.

Los presentes miraron a la pareja con suspicacia.

De la sala llegó Tito con un teléfono móvil en la mano: —¡Brasil va a comprar!... ¡Triplicaremos las ventas!

Todos comenzaron a abrazarse y a festejar. Sólo Cohen estaba aparte, mirando la revista con Anabelle en la portada.

—Es la página diecisiete, si estás tan interesado —le dijo Victoria, con enojo.

Cohen clavó su mirada en ella, y la pobre muchacha casi trastabilló. Pero se mantuvo firme.

—Es una mujer muy hermosa —dijo él.

—¿Cómo?... ¿Te interesan las mujeres? —preguntó Victoria dolida, con una mezcla de sarcasmo y melancolía.

—Sólo cuando están desnudas —dijo él, enojado.

Y se levantó de inmediato.

La muchacha se quedó allí, sin entender, observando como aquel hombre que le dolía tanto, se apartaba de ella una vez más.

Mercedes carraspeó. Con el mismo afán con que convertía su vida entera en un completo desorden, la madrastra de Victoria se empecinaba en imponer a todos la puntualidad a la hora de la cena. Ese era el punto firme, alrededor del cual todo lo demás colapsaba.

—Querida... —reprochó a Victoria con fastidio—, ... son las nueve y cuarto.

—Recién acaba de irse Cohen, y... —comenzó a disculparse la muchacha.

Pero su madrastra no la dejó continuar.

—Cohen... ¡Qué hombre! —dijo con voz golosa, y poniendo los ojos en blanco—. Siempre me disgustaron los pelirrojos, pero ese judío es la excepción que confirma la regla. ¡Esos ojos marrones!... ¡Esa barba cobriza y tupida!...

Victoria enrojeció.

—¿Cuántos años tendrá? —se preguntó la dama, ignorante de las emociones que sus palabras despertaban.

—Treinta —respondió Vanina, sin dudar.

—¿Cómo lo sabes?! —se sorprendió Victoria, que en tantos años de relación nunca se había animado, ni siquiera, a preguntarle algo tan trivial a su ex jefe.

—Me lo ha dicho el otro día... Y, por cierto, esos trajes horribles se los hizo su difunto abuelo.

—Como sea... —resumió Mercedes—, el muchacho tiene músculos hasta en la nariz, unas manos inmensas, ¡y un culo!

—¿Podemos no hablar del culo de Cohen en la mesa? —se molestó Nicolás—. Ese tipo no me cae nada bien... Creo que tiene malas intenciones al venir tanto a esta casa...

—¡No seas injusto!... —comenzó a defenderlo Victoria—. Viene porque yo se lo he pedido. Sabes que en la oficina...

Pero su madrastra no la dejó continuar, enfrascada como estaba en adular a aquel macho joven que ahora pastaba en su cercanía.

—Los judíos son increíbles en la cama —sentenció.

—¿Estará circuncidado? —se preocupó Vanina—. Dicen que la circuncisión les quita sensibilidad.

—Será por eso que duran más... ¡Son estupendos amantes! —concluyó Mercedes, que parecía hablar por experiencia propia.

En un extremo de la mesa, Victoria languidecía, espantada por el giro de la charla.

Esmeralda, por el contrario, había escuchado todas aquellas barbaridades sin apartar la mirada de su atribulada hermana mayor. Complacida, la había observado sufrir.

Entonces, ¿por qué no contribuir también ella a su miseria?...

—Siempre y cuando no seas una buena cristiana —dijo, con los ojos fijos en Victoria—. Me refiero a que, para alguien que va a Misa cada domingo, debe ser un verdadero dilema moral estar enamorada de un judío...

Victoria la miró con odio, y ella le devolvió una sonrisa desafiante.

Desde la otra cabecera, Nicolás estalló: —¿Podrían dejar de hablar de ese idiota?! —gritó, mientras golpeaba la mesa con su puño, con tal violencia, que los platos apoyados en ella se desplazaron varios centímetros.

Todos se quedaron callados, observando su gesto arrogante. Pero cuando Victoria se levantó ofendida de la mesa, toda su bravura se desarmó.

No fue hasta muy entrada la noche que Nicolás se acercó al estudio, en busca del perdón de la muchacha: —Quiero que entiendas mi situación —se disculpó—. Me preocupas. Y no es sólo por Cohen... Te has vuelto una mujer rica, ...hermosa y rica. Y veo demasiados hombres a tu alrededor...

—Yo no veo ni uno... —contestó la joven con amarga sinceridad.

—¿Estás enamorada de Cohen?

—¿Qué importa? Ni siquiera sabe que existo.

—Pero, te gusta...

Victoria observó a “Ojos dulces” y se emocionó. Desde hacía más de tres meses que estaba esperando ese momento soñado en que comenzaran a hablar también de sentimientos. Los suyos... Los de él. Durante aquel tiempo, poblado de charlas nocturnas, contactos breves, besos en la mejilla, Victoria había tenido siempre en mente las palabras de Mirelle: “Debes tomar la iniciativa”. Pero nunca antes había tenido el valor de seguir un consejo tan contrario a su naturaleza...

Ahora la empresa estaba marchando, Esmeralda concurría a terapia sin chistar, Vanina parecía enamorada de Joaquín... Lo único que seguía siendo el mismo desastre de siempre era su vida personal... ¡O peor que siempre!: antes le bastaba con un marido y un hijo. Pero ahora quería..., necesitaba...

Sus pezones comenzaron a cosquillear y su sexo a arder.

Enrojeció. Aquella proximidad con Cohen, los dos solos en el estudio, cada día durante el último mes, la estaba haciendo delirar.

Ahora lo único que deseaba era alguien dulce como Nicolás que la ayudara a no sentirse tan sola, y que, al mismo tiempo, la hiciera estremecer entre sus brazos...

¿Pero era ella capaz de dar el primer paso para conquistarlo?

—Hay alguien más que me gusta —respondió luego de un rato—. Es alguien de quien estoy esperando que alguna vez me trate como a una mujer, y no como a una amiga.

Y se forzó a sí misma a clavar la mirada en el bello Nicolás (¿no era eso lo apropiado para el caso?). Y luego se obligó a poner su mano en la de él.

—Victoria, creo que...—comenzó a decir aquel castaño increíble.

Pero la muchacha se apuró a acallarlo con un beso. Y ya no hubo cálculo. Fue apenas rozar sus labios con emoción. Sentirse embargada por un sentimiento calmo y placentero, que comenzó a hacer burbujear su sexo...

¡y que no llegó a durar más de dos segundos!

Con horror, Nicolás la alejó.

—¿Qué haces?!

Para ella fue como un despertar violento, en medio de un sueño grato.

—Yo creí que tú...—comenzó a defenderse la joven, entre confundida y avergonzada.

—Yo, nada, Victoria. Nunca te he... ¡Olvidalo! —dijo al fin, mientras salía del cuarto, hecho una furia.

Nicolás cerró la puerta de un golpe. Y aquel ruido fuerte sacudió a la muchacha justo en medio de su orgullo herido.

¿Qué había ocurrido?

Trató de razonar, pero aquella mirada de Nicolás seguía acusándola...

Como si hubiera hecho algo imposible de perdonar.

* * *

¿Qué había de malo en ella?

Cohen la estaba esperando en el estudio, pero Victoria no encontraba el valor para ir allí. El rechazo de Nicolás, la noche anterior, la avergonzaba; y la indiferencia de su ex jefe le dolía en cada parte de su cuerpo y de su alma. Desde que había descubierto sus sentimientos hacia él, ya nada era igual a su lado. Su cercanía, la quemaba. Cada uno de sus movimientos encendía en ella un fuego que la abrazaba, dejándola exhausta. Pero bastaba que él se fuera, para que un frío intenso se apoderara de ella. Y, durante aquel último mes, sólo Nicolás había podido apaciguarla. Su presencia había sido como un bálsamo para aquella oscura pasión que la estaba consumiendo. ¿Qué iba a hacer ahora Victoria, si ya no podía contar más con él?...

¿En quién iba a apoyar su cabeza cuando los problemas la abrumaran? Ramona ya no estaba (y ni siquiera tenía derecho a que su ausencia le doliera tanto), Guille no había existido nunca, Nicolás la despreciaba... Sólo Cohen

permanecía allí, siempre a su lado, tan seguro, como inalcanzable.

Volvió a sentir lástima de sí misma. ¿Cómo se había equivocado tanto con Nicolás?... ¿Por qué él la había despreciado así?...

¿Qué había de malo en ella?

—¡Victoria!

La voz de Fernando (Fer) la despertó como de un sueño. Aquel hombre increíble la saludaba desde el otro extremo del jardín, de pie junto al seto que resguardaba las rosas del frío del invierno. Allí parado, su pelo negro iluminado por los últimos rayos de sol de la tarde, su traje impecable (como siempre), su sonrisa melancólica, se veía hermoso. ¿Por qué no podía enamorarse de ella alguien así? Parecía auténtico y desinteresado (todo lo contrario a Eduardo Rolón, que insistía en importunarla con sus atenciones). Y era evidente que, como ella misma, amaba su profesión (algo que para Victoria era muy importante).

Sí. Podía entender las razones de Esmeralda para enloquecer por él. Debía ser fantástico dejarse acariciar por un hombre así...

—¡Victoria!

La muchacha se sorprendió al verlo ahora tan cerca suyo.

—¿Te ocurre algo?... Pareces preocupada.

—No. Disculpa... Te vi junto a las rosas, pero... Estoy aquí para juntar ánimos. Cohen me espera en el estudio, y, a veces, la presión del trabajo es insoportable.

—¿Las cosas van mal?

—Al contrario. Con el dólar aplastado, nuestro precio es muy competitivo en el exterior. Hemos recuperado todos los mercados a los que estábamos exportando dos décadas atrás. La zapatilla se vende sola: es barata, hermosa, y de altísima calidad.

—No sé en otros países, pero el otro día estaba en una fiesta en el Country Club, y todas las mujeres enloquecieron. Comenzaron a mostrar su calzado Victoria Ferrari, y el número de modelo que tenían grabado en una pequeña placa. Para mí, todos eran iguales, pero ellas insistían en buscar las “pequeñas diferencias”.

—Cada modelo es distinto en algo del otro, aunque sea un detalle mínimo. Y por esas “pequeñas diferencias”, como tú las llamas, tus amigas han pagado cientos de pesos...

—¿No es eso ser “snob”?

—No las juzgo, en tanto puedan pagarlo. Estamos ganando fortunas con la línea de lujo, pero el dinero que recaudamos con ella, lo usamos para regalar zapatillas a niños de escuelas rurales. Ya hemos repartido más de mil.

—Como Robin Hood, le robas a los ricos para...

—Para divertirme —lo interrumpió la muchacha con una sonrisa cómplice—. Quizás sea una pequeña venganza de quién ha sido pobre. El resto es sólo por publicidad, y para lavar un poco la culpa...

Fernando sonrió. Pero Victoria no tardó mucho en volver a hundirse en sus pensamientos más aciagos.

—¿Qué te ocurre? —volvió a preguntarle él.

La muchacha lo observó con curiosidad. ¿Podría confiar en aquel desconocido de buena apariencia? Aunque... ¿Qué otra cosa tenía para hacer? Cohen la estaba esperando en el estudio, y...

—¿Crees que soy hermosa? —preguntó la muchacha, sin un rastro de cálculo o vanidad—. ¿Te parezco una mujer deseable?

Los ojos de Fernando Aguirre relampaguearon.

—Soy conciente de lo insegura que suelen ser las mujeres —le contestó, al fin—, pero la falta de percepción de la propia belleza, aún en las más hermosas como tú, no deja de sorprenderme.

—Será que nos miramos a través de los ojos de los varones.

—¿Qué te ha ocurrido? —insistió Fer.

—Por primera vez en mi vida me he animado a tomar la iniciativa con un hombre, y me ha ido horriblemente mal.

—¿Conozco al idiota?

—No tiene importancia. No le gusto, y está en todo su derecho... Aunque hubiera jurado...

—Quizás está enamorado de otra.

—No. Se lo pregunté, y me lo negó... No... El problema soy yo. No es el único.

—¿Lo dices por el fulano turbio que trabaja contigo?

—Y por mi ex novio Guillermo, y por... ¡todos! Los únicos que se han acercado hasta ahora son los oportunistas.

—Eso no es muy halagador para mí. Estoy tan cerca tuyo, que casi puedo tocarte.

La muchacha sonrió, más por confusión que por coquetería.

—Mira Victoria. Tengo, como tú, veintiséis años. Sé que a los hombres de mi edad no les gusta dar el primer paso. Las mujeres están tan desesperadas, que les basta con sentarse, y observar como se pelean por ellos. Pero para algunos de nosotros, iniciar la conquista es fundamental. ¿Estás segura que no ha sido ese el problema con Nicolás?

Victoria se estremeció.

—¿Quién te ha dicho que se trataba de él? —preguntó, avergonzada.

Fernando se limitó a sonreír.

Con aquel traje a la medida que resaltaba su cuerpo fuerte y musculoso, y esa mirada pícaro y confiada, era muy placentero estar junto a él.

Instintivamente Victoria volvió a serenarse.

—Apenas si lo besé... Y te puedo asegurar que se espantó como si lo hubiera hecho el diablo...

—Conozco poco a Nicolás. Más que nada lo he visto en las “fiestas de los viernes” que antes organizaba Mercedes. Sin embargo, tengo de él la mejor opinión, incluso aunque más de una vez me haya arrebatado a una mujer que me gustaba. No es del tipo de hombre que se asusta por un beso, así que imagino que debe tener una buena razón para rechazarte...

—Sí... Él, y todos los demás...

Victoria se quedó pensativa, y luego insistió: —¿Crees que ser tan segura y decidida en el plano profesional podría estar asustándolos? Me refiero a... Tú sabes... Cohen, mi jefe...

—Ex jefe.

—Sí, ex jefe... Él... Yo lo admiro tanto..., en el plano profesional, por supuesto... Él ... Nunca pude tener con él... un trato... distinto, personal... Tú sabes...

No. Fernando no lo había sabido hasta escuchar los balbuceos de Victoria. Pero ahora tenía la certeza.

—... y, a veces pienso —continuó la muchacha—, quizás el problema soy yo. Quizás asusto a los hombres... O quizás estoy destinada a la soledad.

—¡Qué trágica! —se burló Fer—. Ahora hablemos en serio: debes dejar que pase un tiempo antes de recriminarte, o decidir acerca de tu destino. El tomar la iniciativa tiene grandes ventajas, pero también es un riesgo. Puede ocurrir que te rechacen, y eso duele demasiado. Por eso los hombres se niegan a seguir haciéndolo. Deja que el tiempo pase, y podrás pensar mejor tus opciones.

—Gracias por escucharme, eres un gran amigo —le dijo la muchacha, mientras lo tomaba afectuosamente del brazo.

Aquel moreno increíble observó su gesto, y sonrió.

—Cuando lo necesites... —comenzó a decir—. Creo que voy a estar muy seguido por esta casa. Por alguna extraña razón a tu hermanita Esmeralda le encanta llamarme para que la visite... Siempre tiene problemas urgentes con su corazón.

—Quizás no te esté mintiendo —dijo Victoria, de manera enigmática.

Fer clavó en ella su mirada oscura.

—Bueno... Debo ir a la oficina. Cohen me espera...

—Y yo debo ir al hospital.

Victoria se apuró a darle un cálido beso en la mejilla, y Fernando emprendió su camino. Pero no había llegado a

dar unos pasos cuando giró sobre sus talones, enfrentó a Victoria, la tomó entre sus brazos, y comenzó a besarla con pasión.

* * *

Esmeralda resopló.

Ya estaba hartándose de tener que ir a terapia. A la psicóloga le encantaba hacer un gran escándalo por cualquier tontería... ¡Sí!, varias veces se había lastimado la pierna con la punta aguzada del compás. ¡¿Y qué?!... No era como esas muchachas “góticas”, a las que le gustaba beber su propia sangre, ni le interesaba hacer ritos extraños... Sólo eran unos pequeños pinchazos en clase, mientras la profesora hablaba, y las demás niñas reían. ¡¿Y qué?!...

¿Ya se habría ido Fernando?... La psicóloga la había mirado con mala cara cuando le confesó que era la quinta vez que lo llamaba desde la noche de su “accidente” en la bañera de Victoria. ¿Qué problema había con eso? Era médico, ¿no?... Si ella lo llamaba, él tenía que acudir, y...

Esmeralda se detuvo en su caminata y en su pensamiento. Algo llamó su atención. No podía distinguirlo, porque ocurría bastante más allá, cerca del pino frondoso que se decoraba cada navidad. Pero como si

presintiera algo, sin ningún motivo, decidió agazaparse tras el seto de las rosas, para observar mejor...

Y entonces los vió.

* * *

¿Dónde estaba el maldito bolso nuevo de su madre? Esmeralda, arrebatada por la furia, rebuscaba en el placard de Mercedes, tirándolo todo.

¡Tenía que estar allí! Había visto al idiota del novio de su madre, cuando se lo daba, más de una semana atrás.

¡Nada! ¿Dónde lo habría metido?...

Se detuvo, y observó a su alrededor. Como burlándose de ella, el ridículo bolso estaba apoyado y abierto, en el coqueto mueblecito que formaba parte de la colección de antigüedades de la familia Carreras, y que su madre había separado para su uso personal.

Esmeralda tomó el bolso, y arrojó su contenido al piso. Como una lluvia, cayeron los cosméticos más costosos, una crema anti—age que se estrelló en mil pedazos, un millón de tarjetas de crédito, y un pequeño, hermoso y reluciente revolver, apto para el delicado uso de una dama.

La jovencita se abalanzó sobre el arma, sin pensar en el riesgo que había corrido al dejarla caer de tanta altura. Una vez en su poder, comenzó a acariciarla, como si se tratara de un gatito juguetero, del que había que cuidarse porque estaba dispuesto a probar sus zarpas. Luego, con dulzura, apenas jaló el gatillo, sin permitir que llegara al final del recorrido. Entonces cerró los ojos, tomó una bocanada de aire, y por un segundo se quedó quieta. Luego volvió a abrirlos, y blandiendo el arma, la puso en alto, y se dirigió rumbo al estudio adonde solía trabajar la traidora, sucia, víbora, repugnante, hermana que se había echado. Aquella mujer barata que, fingiendo ser su amiga, le había robado lo único por lo que valía la pena vivir.

Corriendo se metió en aquel cuarto, generalmente vedado para ella, y todavía con el revolver en alto, se apoyó en la puerta para cerrarla de un golpe.

Y recién entonces se dio cuenta de que Samuel Cohen estaba allí.

El jefe de su hermana (como ella le decía), la observó con esa mirada oscura y profunda que era su sello personal. Una mirada capaz de atemorizar hasta al más peligroso asesino, y mucho más a una muchachita arrebatada. Por un segundo Esmeralda se quedó quieta, casi sin atreverse a respirar. Luego aquel judío extraño volvió a sus papeles, como si nada inusual hubiera ocurrido, y con un tono de voz calmo y sereno, comenzó a hablar:

—Espero que no estés pensando en suicidarte con eso... Sería una pésima elección...

Asustada como estaba por aquel hombre dispuesto a ignorarla, Esmeralda buscó valor, y replicó, de la manera más desafiante de la que fue capaz: —¿Y qué, si estuviera pensando en hacerlo?.

Cohen ni la miró. Hizo una breve anotación en la carpeta que tenía en sus manos, y luego continuó: —Demostrarías que no sabes nada de armas. Hay que ser muy cuidadoso con un calibre tan pequeño. Un mínimo desvío en la trayectoria, podría condenarte a quedar como una idiota frente a todos... O, lo más probable, a una fuerte agonía, después de la cual quedarías como una idiota... ¡No!... Es muy difícil matarse con un arma así...

Y poniéndose de pie, se acercó hasta la muchacha, que por el miedo que le imponía aquel hombre inmenso, sólo atinó a asir el pequeño revolver con más fuerza.

—¿Me permites?... —dijo él, tomando el arma con suavidad—. Esto es casi un juguete —se lamentó al revisarlo—. Para lograr tu cometido tendrías que ponerlo aquí...— continuó, mientras apoyaba aquel artefacto infernal sobre la sien de la muchachita—, o aquí, apuntando a tu pecho, pero ligeramente inclinado hacia la izquierda...

Esmeralda, aterrada, pudo sentir la horrenda sensación del metal frío sobre su cuerpo. Por un instante tuvo la

certeza de que aquel fulano era un demente, capaz de dañarla, y seguir con sus tareas, como si tal cosa.

Cohen la observó a los ojos y pudo leer el miedo en ellos. Se apartó, y, todavía con el arma en la mano, se dirigió de nuevo hacia su sillón. Al llegar allí dejó el revolver sobre el escritorio, a su lado, pero también al alcance de Esmeralda, y volvió a enfrascarse en su trabajo.

La joven tardó unos minutos en reaccionar. Pasado el miedo, no era tan tonta como para no darse cuenta de que ese judío hábil la había manipulado para desarmarla.

—Tú no sabes la tortura que significa para mi respirar cada mañana...— farfulló la muchacha, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Sólo pretendía evitarte que el morir fuera una tortura peor. Por lo demás, no soy yo la persona más indicada para convencerte de que la vida vale la pena...

—No tienes ni idea lo que significa querer morir... —se envalentonó la muchacha, blandiendo ahora su desgracia, para llamar la atención. Pero Cohen continuó con lo suyo, sin siquiera mirarla.

Esmeralda insistió. Comenzó a caminar hacia él, y al llegar a su lado, agachó la cabeza para buscar su mirada, y le grito: —¿Acaso alguna vez te has querido suicidar?...

—Dos veces —le respondió él, calmado—. Pero nunca hice tanto escándalo —concluyó a modo de reproche.

Esmeralda se estremeció. No. Ahora no la estaba manipulando. Era evidente que le decía la verdad...

—Una vez iba en el auto, a doscientos kilómetros por hora. Saqué el pie del freno, apreté hasta el fondo el acelerador, cerré los ojos, y me quedé allí, esperando la muerte...

—Pero no moriste...

—Un automóvil capaz de tanta velocidad, suele ser un auto muy seguro. Agonicé dos meses en un hospital, pero sobreviví.

—¿Y la segunda vez?...

—Con mi tabla de surf... Subido a ella me dirigí hacia aguas profundas, y luego me dejé arrastrar por la bravura del mar... Cuando comencé a no respirar, me asusté, e intenté salir, pero ya no podía...

—Sin embargo, estás vivo...

—Una amiga que me había seguido, me rescató... Y guardó el secreto.

—Pero... ¿si ya casi lo habías logrado, porque te arrepentiste?

—Por miedo.

—Miedo a la muerte... —dijo, con tono trágico, la muchacha.

—¿A la muerte?... ¡No!... No es perder esta vida miserable lo que me asusta.

—¿Y entonces?

—Tengo muchas cuentas que saldar en el más allá, y no puedo darme el lujo de perder mi alma...

La muchacha lo observó con curiosidad. No. No la estaba manipulando. Ese Cohen sufría de verdad... Pero también su dolor era verdadero, y él parecía no darse cuenta de...

Esmeralda sonrió con maldad.

No. Quizás no tenía que morir para vengarse de su nueva hermana.

—¿Sabes por qué me quería suicidar? —dijo, aproximándose a aquel judío hermoso, en forma seductora.

—No creo que debas contármelo a mí...

—Quería morir para vengarme de Victoria... Ella... Esa rata inmundada está ahora en el jardín besándose con el hombre que amo...

Cohen levantó la vista, sin poder ocultar la impresión que esas palabras causaban en él.

—Se estaba besando con Fernando Aguirre, el cardiólogo que me atiende... Pero no es el único. También se besó con el hijo del abogado, y con nuestro Nicolás... varias veces...

Por un momento aquel hombre sombrío se ensombreció un poco más. Pero de inmediato recuperó la calma, y aquel tono sereno que podía helar la sangre del más aguerrido:

—¿Y crees que matándote ibas a lograr tu venganza? Por el contrario, pasada la impresión inicial, en dos meses apenas van a recordarte... Te lo digo por experiencia. El género humano deja mucho que desear en cuanto a la memoria y la culpa...

Y diciendo esto volvió a enfrascarse en su tarea, como si nada hubiera ocurrido.

Esmeralda reflexionó. Mal que le pesara, Cohen tenía razón. Victoria era muy capaz de bailar el vals nupcial arriba de su tumba... No... Tenía que encontrar una venganza mejor. Algo que, de verdad, a esa bruja le hiciera doler hasta el alma. Algo que...

Levantó la mirada y observó a Cohen... Su severidad producía espanto, pero mirando en lo profundo de sus ojos, podía entenderse el motivo por el cual Victoria lo amaba. Había algo de desesperado en ellos, que infundía ternura. Y también había algo apasionado, que hacía hervir la sangre.

Esmeralda desabrochó un botón más de su blusa, giró alrededor del escritorio, hasta adonde estaba él, y sin darle tiempo a reaccionar, lo besó con pasión (o como ella creía que debía ser un beso apasionado, con la boca bien abierta, y la lengua bien afuera).

Cohen la separó con violencia.

—No es bueno que una mujer hermosa como tú juegue con el deseo de un hombre. Nunca sabes lo que puedes despertar... —le advirtió, todavía reteniéndola entre sus manos.

El valor de la pequeña no alcanzó para más. Aquel hombre fuerte e inmenso, que la cubría con su cuerpo varonil, le daba tanto miedo, que sólo atinó a correr, alborotada.

Cohen la observó partir, sonriente.

* * *

Todo el cuerpo de Victoria comenzó a reaccionar ante aquel beso soñado. Fernando la invadía con su lengua suavemente, en lo más profundo de su intimidad y sus deseos. Aquel perfume masculino la atontaba, obligándola a ceder a aquellos brazos fuertes. ¡Cómo necesitaba a un hombre!... ¡Cómo necesitaba a...

Y entonces cometió la torpeza de abrir los ojos. Ese hombre que la besaba era Fernando, hermoso, con un peinado más cuidado que el suyo, y mucho más elegante que lo que ella podía llegar a ser en toda su vida. Un muchacho que parecía buena persona, pero al que desconocía... Por un segundo, muy adentro suyo, el encanto se rompió. Pero necesitaba tanto sentirse amada,

que intentó, al menos por una vez, que sus sentimientos no se traslucieran.

¡Inútil! Era incapaz de engañar a nadie.

Lentamente Fernando la fue soltando, y luego se limitó a contemplarla, adolorido.

—Ya ves... —dijo al fin—. Es muy duro atreverse a tomar la iniciativa, y que te rechacen. Duele demasiado... Nunca me había acercado a ti porque era obvio que te gustaba Nicolás. Pero yo creí que, si por algún motivo eso no funcionaba, podía llegar a tener alguna oportunidad...

—Fernando, yo...

—Los sentimientos no tienen explicaciones...No lo intentes...

Y diciendo esto reinició el camino hacia la salida, maldiciéndose en su interior por haberlo interrumpido en primera instancia.

Victoria se quedó allí, con el cuerpo ardiendo, confundida, sin saber si correr hasta él, o rendirse ante la indiferencia de Cohen, mendigando el poco afecto que su antiguo jefe era capaz de darle.

Permaneció parada por un tiempo que le pareció eterno, pero luego la voz de su hermana menor la volvió a la realidad.

—Victoria... Estuve aquí hace quince minutos, y lo vi todo —dijo, con aire trágico, mientras la miraba complacida.

—Yo... No sé lo que has visto, pero...—comenzó a disculparse la muchacha, ante esos ojos acusadores, simples preludios de su propia conciencia.

—¿Qué vi?!... ¿Estás jugando conmigo, hermanita?... De acuerdo. Juguemos... Veo, veo... Una cosa maravillosa... Del color de la traición...

—Déjame que te explique...

—¡No tiene importancia!... Ya me he vengado...

Los ojos de Esmeralda brillaron de forma extraña, dándole, a la luz del atardecer, un aspecto de enajenada que alarmó a Victoria.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, asustada.

—Nada que tú no hubieras hecho, de haber podido.

La jovencita le dio la espalda, pero su hermana no la dejó ir, reteniéndola con violencia.

—¿Qué has hecho?!

—¿Yo? Nada... Ha sido Cohen.

Victoria la miró confundida, y la soltó: —¿Qué tiene que ver Cohen contigo?

—Él no me desprecia... Me ha contado... cosas... íntimas...

—¿Cohen?...

—El mismo. Y yo también le conté cosas... Y ya sabes como es eso...

—¿De qué estás hablando, Esmeralda?...

—Sabes, ya no me importa el idiota de Fernando. ¡Quédatelo!... Él nunca me tomó en serio. Para Cohen, en cambio, soy una mujer. Una verdadera mujer. Y hermosa... Así me dijo: las mujeres hermosas como tú... Y luego me besó.

Victoria se enfureció, como nunca antes lo había hecho en su vida. Tomó a su hermana menor por el pelo, e intentó que se desdijera. Pero la voluntad (o la desesperación) de Esmeralda era imposible de doblegar.

—No seas idiota —le gritaba Victoria, sin soltarla—. Cohen nunca...

—Cohen me ha besado... Y con la boca bien abierta. Me ha hundido la lengua...

Victoria la soltó, y se tapó los oídos, como si eso pudiera sacar de su mente esa imagen que la asqueaba. Eran demasiados sentimientos, todos juntos.

—Y si no me crees a mi —concluyó su “hermanita”, mientras la obligaba a escucharla—, ¿por qué no vas y le preguntas al mismo Samuel? Está en el estudio... Aunque ya no es a ti a la que espera...

La realidad comenzó a desdibujarse para Victoria. Su hermana reía orgullosa de su propia monstruosidad, y todo

el jardín se derretía por el contacto con el rojo del sol, que se negaba a morir.

Confundida, le dio la espalda a Esmeralda. Luego comenzó a caminar lentamente hacia la casa, para terminar corriendo hacia el estudio, fuera de sí.

Allí Samuel Cohen ya no la esperaba. Había juntado los papeles del informe de auditoría que debía rendirle, y se estaba preparando para partir. Casi se chocaron en la puerta cuando ella entró.

—¿Adónde vas? —le preguntó Victoria, como si en verdad lo estuviera acusando.

—Me cansé de esperarte. Por supuesto, pienso facturar estas horas y...

—¿Le dijiste a mi hermana menor que era una mujer hermosa?...

—Sí.

Y entonces Victoria, fuera de sí, se abalanzó sobre aquel hombre que había amado tanto como ahora odiaba, y le cruzó la cara de un sopapo.

Cohen la miró confundido, sin entender. Ella intentó pegarle una vez más, pero él le detuvo la mano. Y ese breve contacto físico los quemó a ambos, presas de la misma pasión.

Se miraron fijamente, y para Victoria todo comenzó a girar a su alrededor. Cohen, en cambio, sin ocultar su dolor,

pero tan cerca de ella que casi podía sentirla adentro suyo, se repuso con dificultad, y muy a su pesar, logró tomar distancia.

Los dos jadeaban, confundidos en una sola necesidad, cada uno ocultándose del otro. Finalmente fue Cohen el primero que pudo controlarse. Tomó el revolver olvidado en el escritorio, y se lo entregó a Victoria, que lo miraba sin entender.

—Yo no dejaría armas sueltas en casa de alguien que quiere suicidarse...

La pobre muchacha se espantó, y buscó en los ojos de él el resto de la historia. Pero Cohen, una vez más, no pudo sostener la mirada de esa mujer que tanto le dolía, y dándole la espalda, continuó.

—Fue tu hermanita la que me besó a mí..., loca de furia porque te había visto besarte con alguien más...

Se dio vuelta y la observó, con una acusación velada escrita en aquellos profundos ojos oscuros.

Una acusación que, por cierta, Victoria no podía soportar.

—En cuanto a lo de decirle que es hermosa... Sí, se lo dije..., porque lo es... Y también le advertí que no era bueno que una mujer hermosa jugara con el deseo de un hombre. Porque los hombres...

Por un segundo toda la pasión contenida por Cohen asomó como un violento vendaval. Y Victoria sintió lo fácil que podía ser para él, arrastrarla en ella.

Pero luego, como si nada hubiera pasado entre los dos, aquel fuego cesó, y su ex jefe se dispuso a irse.

Sin embargo, antes de llegar a la puerta, volvió a enfrentarla, haciéndola estremecer.

—Ese, Victoria, es un consejo que sería bueno que tú también tuvieras muy en cuenta.

Cohen cerró la puerta tras de sí, y el golpe que produjo resonó en el alma de la muchacha, doblegándola. Y, echándose al piso, comenzó a llorar.